

esas misiones en que el clero de Francia, derramado sobre toda la tierra, ofrece á todos los pueblos tantas virtudes que admirar y tantas luces que recibir; oigamos los pasos de esa Hermana de caridad que penetra así en Asia como en África, y va á levantar hospicios y hospitales en los pueblos de los Árabes y cerca de las caravanas del desierto, para ofrecer á la imaginacion ruda de los Bárbaros, en imágenes palpables, la filosofía de la religion que predica el cristianismo; abrid, en fin, los anales de la Santa Infancia, y leed algunas líneas de las relaciones admirables y consoladoras que refieren, y entónces comprenderéis bien hasta dónde se extienden las consecuencias de la reaccion católica de Francia.

La obra de la Propagacion de la fe, dije; y esta es indudablemente una de las asociaciones mas vastas que se conocen, y se han realizado hasta hoy en el seno del catolicismo. Nació en los suburbios de Lyon, en el humilde aposento de una pobre mujer, que juntaba á sus amigas para orar por los misioneros que predicaban entre los infieles, y pedia limosna á los obreros para socorrerles en la grande empresa de convertir el mundo á la Religion de Jesucristo. Pero, obra de Dios, que de un grano de mostaza forma árboles cuyos copos se pierden entre las nubes; presto la vimos derramada por todo el mundo, y contrarestando con su influjo el oro de las Sociedades bíblicas de Inglaterra. Hoy se la cuenta entre las grandes instituciones de la Iglesia católica, y su providencia proporciona educacion y sosten á los Apóstoles de la fe, consuela á los católicos de Escandinavia y del Oriente, y fomenta el cristianismo bajo las selvas del Oregon y en las márgenes del Misisipi; predica la Religion en las playas de Australia y Oceania, y alimenta á los confesores de Cristo en Polinesia y en Tonkin. ¡Prodigio singular de la Providencia de Dios! Cinco céntimos que los pobres obreros y los cristianos humildes depositan cada semana en la caja de su parroquia, sin aparato ni solemnidad alguna, pueden mas que millones de libras esterlinas dis-

tribuidas entre el ruido de *meetings* numerosos, y en cuyo seno se pronuncian discursos tan llenos de esperanzas como faltos de realidades. Al darse cuenta de la inversion de estas sumas ingentes, jamas ha podido decirse todavía: «Vuestro oro alimentó las empresas de un misionero que ha sido muerto predicando;» miéntras tanto aquellos céntimos día por día socorren á los mártires que derraman su sangre sellando la fe de Jesucristo. Véanse los *Anales de la Propagacion de la fe*, y júzguese despues del mérito de esta obra, que tantas otras alimenta en su seno, como madre prodigiosamente fecunda.

¿Y qué diremos de las misiones del clero de Francia que no sea bello y sublime, como es el objeto mismo á que se dirigen? Asombra por cierto ver diseminados cerca de cuatro mil sacerdotes inspirados por la caridad mas pura, mas noble y mas intrépida; pero mas debe admirarnos todavía observar que á su noble celo nada detiene, que su resignacion profunda todo lo soporta, y que su caridad evangélica hasta hoy no ha encontrado obstáculos que la detengan en ningun país del mundo. Mirad los Sulpicianos, que despues de dirigir los primeros seminarios donde se forma el clero frances y una parte muy considerable del de Alemania y Estados Unidos, envian colonias para fundar otros en el Canadá y servir de muro al protestantismo, empeñado en pervertir la fe de esa seccion floreciente del catolicismo. Su famoso colegio de San Sulpicio, de cuyo seno salieron tantos obispos célebres, tantos sabios profundos, tantos sacerdotes perfectos y tantos hombres apostólicos, ha presenciado todas las alternativas modernas de la Religion en Francia, ha sufrido duras pruebas como esta, se ha visto condenado á morir; pero su fe no desfalleció jamas, y sus pruebas de adhesion á la Iglesia católica son las mas concluyentes, con especialidad en los tiempos actuales. Mirad los Jesuitas, que, desafiando los peligros de todo género que les rodeaban en la patria, pudieron sostenerse en épocas harto

azarosas, y ya ocultos en las casas de los particulares, ya reunidos en sus propios conventos conservar el espíritu de su orden, salir de sus colegios florecientes para servir á la sociedad misma que les rechazaba, evangelizando en las colonias francesas al otro lado del Mediterráneo y del Atlántico. El gobierno les encarga las misiones de Argelia, y unos corren á predicar á los mahometanos, al mismo tiempo que otros van á inspirar la reforma de costumbres á los presidiarios de la Guayana. El éxito de estas misiones ya lo anunciaron los documentos oficiales, las relaciones de los obispos, y mejor que todo, su éxito mismo. Agreguemos las que sirven en Maduré, cuya historia ocupa muchos volúmenes; las que hacen en Madagascar y las de Nankin, donde emplean actualmente treinta y ocho individuos; y agreguemos, en fin, que en todos estos puntos, remotísimos los unos de los otros, tienen que luchar con el clima, las costumbres, los idiomas, los peligros y á veces con la muerte misma; que sus recursos dependen de la caridad y que no pueden llegarles siempre con la regularidad que desearian, y se comprenderá bien si son meritorios los individuos que las sirven, y útil por consiguiente el cuerpo que los produce.

Cuando yo he visto discutirse por la prensa cuestiones relativas á los Jesuitas, cuando he oido las largas apologías que de ellos hacen unos y las refutaciones de otros, he creido que debiera mejor guardarse silencio en materias que son de suyo odiosas y reducirse toda la discusion á este solo punto: ¿Es útil ó no la Compañía? ¿Llena ó no su ministerio? ¿Corresponde ó no á las esperanzas que se propuso realizar la Iglesia al restablecerla? No dudo que habria alguno que respondiese negativamente: el espíritu del mal es atrevido, quiso mezclar la luz con las tinieblas, y no le acobardó en su propósito la presencia del Hacedor mismo. Mas necesario es al que niegue alguna de aquellas tres preguntas romper mil páginas de la historia contemporánea, con-

denar al fuego mil escritos útiles, imponer silencio á tantos predicadores elocuentes y teólogos profundos, cerrar colegios y misiones en Asia, África, América y Europa, desbaratar los elementos de civilizacion aglomerados por Jesuitas en países lejanos, é imponer á sus desgraciados habitantes un sello de reprobacion, condenándoles á vivir bárbaros como lo fueron hasta aquí; y despues de llenar uno á uno los capítulos de este vasto programa de proscripcion, devastacion y muerte, es necesario todavía cerrar los ojos para no ver y los oidos para no oir los monumentos y los elogios, las obras y los encomios, que atestiguan en todas partes el celo de la Compañía.

No trabajan con menor empeño los Lazaristas en Pekin, Levante, Egipto y Norte-América: el cristianismo debe mucho á sus misiones, pero no les debe ménos la sociedad, á la que tantas vias de comunicacion han abierto, tantas noticias importantes procuraron, y tantos miembros útiles dieron en sus colegios y escuelas de propaganda. Estos no son secretos desconocidos, y los viajeros en Oriente tienen motivos á cada paso de palpar lo que la modestia y el desinterés evangélico se empeñan siempre por ocultar.

Una de las mas bellas instituciones del catolicismo en Francia es el colegio de Misiones extranjeras: en él multitud de jóvenes de todos los países del globo mandados por los obispos recibe educacion eclesiástica, y bajo la direccion de profesores hábiles y sacerdotes ejemplares, se instruye para misionar cada uno con fruto en el país que se le señale por lugar de su apostolado. Este seminario, que desde su institucion ha producido mas de dos mil misioneros y un número muy crecido de obispos, tiene á su cargo diversas misiones de Asia, entre las que ocupan lugar muy distinguido las del Tonkin occidental.

Los Dominicos, aunque recién establecidos en Francia por el P. Lacordaire, corren á la costa de África y auxilian las misiones de Holanda, que ejercen su apostolado en el

cabo de Buena Esperanza. Nada mas edificante que la devoción y recogimiento de sus noviciados, ni nada mas austero que la vida que hacen en estos los que se proponen por modelo al santo fundador de los Hermanos predicadores.

La Oceania, las posesiones francesas de la India, las islas Marquesas y de Pascua y otros muchos países del globo reciben predicadores de los Oblatos de Maria, de la congregación de Picpus ó SS. Corazones, de los Redentoristas, de los Clérigos de la mision y de otras instituciones establecidas en diversas provincias de Francia. Á vista de tantas congregaciones empleadas en la propaganda, nada debe asombrarnos que los buenos principios que se arraigan y propagan en el seno de una gran nacion, que ninguna especie de sacrificio rehusó jamas por la causa católica, se arraiguen y se propaguen tambien en todos los países de la tierra por el ministerio de tres mil sacerdotes ciudadanos suyos que trabajan en la dilatacion del Evangelio. Este número admira ciertamente, y hace comprender muy bien con cuánta razon la Francia católica fué llamada *el país de sacrificios*.

¿Y qué diremos de esas otrás falanges de misioneros que salen de Francia para todos los países, y que sin poseer el augusto carácter del sacerdocio, trabajan con no ménos abnegacion y celo que aquellos que lo tienen? Yo he visitado los Hermanos de las escuelas cristianas en los Estados Unidos y en Egipto, en el Levante y en otros puntos de Asia, África y América, y no recuerdo haber ni una sola vez dejado de encontrar algun Frances entre los individuos de la comunidad. Sus trabajos han sido elogiados por oradores nada sospechosos (1), que han recomendado su abnegacion constante, su virtud acrisolada y su contraccion á toda prueba en el cumplimiento de sus deberes. Á la sombra de las iglesias yo les he visto reuniendo los niños para ins-

(1) *Discours à l'Oratoire*. Mai 1852. (M. Guizot.)

truirles en los deberes del hombre, sentados en medio de ellos enseñarles los primeros rudimentos de las letras, y desarrollando á su vista el *mapa mundi* abrirles un mundo que ignoraban, enseñarles idiomas que desconocian, y revelarles el carácter, el genio y las costumbres de pueblos que no sabian existiesen.

El sexo débil se asocia á esta gran mision, y los *Angeles de la Francia*, como llamó un escritor liberal á las religiosas de Caridad, vuelan por toda la tierra para aliviar los males del género humano. Esas hijas del Cielo, que envidian á la Francia todos los países, llamadas por su instituto á hacer toda suerte de sacrificios y á practicar toda especie de buenas obras, se han ejercitado en Argel, en Túnez y Marruécas en servir cárceles, asilos y hospitales, del mismo modo que en California, Chile y el Brasil. África y América, Australia y Oceania son pequeñas comparadas con la extension de su fervor, y desde el centro de la unidad de fe que liga íntimamente á todas las naciones, las veréis dilatarse por el universo, cual cordon infinito que estrecha el mundo al corazon inflamado de la caridad. Las cortes de los soberanos y las casas de los príncipes no tienen para ellas mas atractivo que los desvanes de los pobres y las chozas de los labradores, ni alguna preferencia los que nadan en riquezas sobre los que carecen absolutamente de fortuna.

Yo he visto desempeñar esta mision á las Hermanas de la Caridad, á las Hijas de la Misericordia, á las religiosas de San José, de Santo Domingo, de San Agustín, de San Carlos, del Corazon de Jesus, de la Providencia, del Sacramento, de San Juan, de Santa Clara, del Buen Pastor, y á tantas otras que nacen y se multiplican como las estrellas del cielo en el firmamento de la Iglesia. Desde la religiosa de San José, que suspira en las inmediaciones del Gólgota y riega con sus lágrimas el Sepulcro de su Amado, despues que derramó bálsamo sobre las llagas del Beduino, y refrigeró al Árabe abrasado por la calentura, hasta la hija de San

Vicente de Paúl, que sirve á los enfermos en el país abrasado de Fernambuco y en las regiones vecinas al cabo de Hórnos, ni una sola de tantas congregaciones extravía su propósito, ni trastorna las miras de su santa institucion. Los que en los proyectos del hombre no quisieron ver siempre mas que egoísmo miserable, y en sus acciones nobles y generosas leyeron la sombría inspiracion del propio interes, acérquense á cualquiera de estas verdaderas casas de refugio para la humanidad afligida, estudien sus constituciones y sus leyes, observen las prácticas de sus individuos, pregunten á los beneficiados lo que experimentaron, y digan despues con la mano puesta sobre su conciencia. Estoy seguro que si la pasion no ahoga los sentimientos de su espíritu, si las preocupaciones no ofuscan la luz de su inteligencia, y si prevenciones indignas no hacen rechazar todo lo que es obra de una fe que miran de reojo, la voz que saldrá de sus labios será una apología tan elocuente de las Hijas de caridad como son hermosas sus obras y caritativas sus intenciones. De propósito no hemos llamado la atencion sobre los trabajos de aquellas congregaciones en los países donde, al lado de la civilizacion europea mas avanzada, curan las heridas y sanan tantos males en los individuos que forman el cuerpo social; nada hemos dicho sino de sus empresas fuera de Europa, porque estas demuestran de un modo mas perfecto la abnegacion que sirve de base al majestuoso edificio de su caridad; porque aquellas están á la vista de todos, y porque uno solo habria apénas en Francia, Inglaterra, España, Italia y Alemania que no conociese el beneficio inestimable de tales institutos. Mil memorias se han publicado y publican de estos dia por dia, y muchas escritas por plumas no católicas; á ellas me remito para que nadie pueda dudar de su imparcialidad. Mas entre los bellos retratos de la caridad cristiana, que dibujan tantos hechos que serán eternamente gloria del catolicismo, quiero dedicar dos líneas á la memoria de uno de esos verdaderos héroes que conquistan

durante su tránsito sobre la tierra una corona inmortal para ellos, una página brillante para la historia y un ejemplo luminoso para el género humano. El corazon palpita y la imaginacion se conmueve, cuando en las márgenes del Doubs se contempla á una mujer desafiando la muerte en cierta batalla, á trueque de socorrer los heridos que perecian, retirando del combate á los moribundos, cargándoles á veces sobre sus hombros, y derramando consuelos sobre todos con la caridad mas tierna y generosa. Besanzon ve á esta humilde paisana, expelida de su monasterio por la revolucion, dejar su hábito religioso, y sin que ningun peligro la detuviese jamas, entrar en los calabozos, en las prisiones y en los hospitales y hacer de todos los asilos de beneficencia y de todos los lugares donde habia miserias que socorrer el vasto teatro de su prodigioso celo.\* No bien la tolerancia permite de nuevo las casas religiosas en Francia, cuando la humilde habitacion de la paisana de Thoraïse se trasformaba en monasterio, y sor Marta, acompañada de algunas niñas, hacia prodigios de caridad. Ella derramaba socorros entre los pobres de Besanzon, recorria la campiña luchando con la miseria y la epidemia, y se la encontraba en todas partes donde habia desgracias que consolar y peligros que combatir. Cuando las llamas consumieron un barrio cerca de las puertas de Besanzon, la intrépida religiosa, sin que le intimidase la voracidad del incendio, salvaba tres víctimas atravesando por entre el fuego y perdiendo parte de sus dedos en accion tan heróica. Sin saber nadar, arrebató de la corriente del Doubs un niño que se ahogaba; y cuando Besanzon recibia en su seno ejércitos de Ingleses, Españoles y Alemanes trabajados por la peste, el hambre y las heridas, la infatigable religiosa, hecha *todo para todos*, acudia á todos, consolaba á todos y socorria á todos los extranjeros, del mismo modo que lo habia hecho con sus compatriotas. Las distinciones y los honores la buscan en su retiro. El gobierno frances le envia la gran cruz; los emperadores de

Austria y de Rusia le remiten condecoraciones; los reyes de España y de Prusia le mandan medallas de honor, que recibe con reconocimiento, pero sin que le causen gozo particular. Llevada á la presencia de Luis XVIII, instada por el rey para que pida una gracia: «*Señor, dice, los pobres labradores del Franco Condado sufren todavía mucho á consecuencia de la guerra.*» El oro que recibe de la mano generosa de aquel soberano se derrama presto por los campos del Franco Condado, y un rincón oscuro de los claustros de las Visitandinas recibe á la religiosa heroica, cuyos hechos brillantes, como el sol mas hermoso, se referian por Europa en todos los idiomas. Aquel mismo rincón recibió su postrer aliento, cuando su alma volaba de la tierra al cielo, buscando el seno del Dios que amó, en las regiones de la eternidad (1). La historia no ofrece rasgos mas bellos que estos, donde encontramos dibujado con los colores mas vivos aquel noble carácter de la caridad ardiente, «*Ninguno tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos.*» Mas estos hechos, heroicos en la mayor extension de la palabra, no son aislados ni pertenecen á un individuo solamente; las congregaciones de caridad no tienen cronistas, ni historiadores que se ocupen en redactar sus obras preciosas de cada dia; ved ahí el motivo porque ignoramos muchas ó las mas de estas. Su crónica viviente son los corazones, donde durará sellada la memoria de sus beneficios, sus páginas los individuos que arrebataron á la muerte, y sus comentarios la veneracion profunda que sus virtudes les merecen de la sociedad entera. Mas cuando á pesar de la repugnancia invencible que manifiestan para que sus obras sean conocidas, llegamos á percibir algunas, estas pocas podrian formar por cierto la mas generosa y la mas heroica de todas las crónicas. Mirad al Asia, las encontraréis condecoradas por los sultanes, que premian con honores que

(1) Murió sor Marta en 1824.

ellas no usarán jamás la caridad con que curaron á sus vasallos apesados; mirad por Europa, y las veréis sobre las playas del mar Negro cuidando de los heridos en el campo de batalla, y arrebatando la admiracion de los oficiales ingleses, que les tributan los elogios mas entusiastas; mirad á la América, y en un rincón de esos grandes navios semejantes á ciudades, que flotan sobre el mar llevando en su seno mil individuos sedientos de oro, encontraréis unas pocas mujeres, que tambien dejan su patria, no para adquirir riquezas de la tierra sino bienes imperecederos, no para amontonar oro sino para inspirar desprendimiento en corazones trabajados por la avaricia. Por todas partes se extiende esta raza noble y generosa, con tanta presteza como los males mismos que van á sanar. Todas las naciones experimentan el influjo vital del cristianismo que ellas enseñan prácticamente, y los hombres que lo palpan corren presurosos á cobijarse bajo la sombra del árbol robusto que tiene la virtud de producir tan portentosos frutos.

Ningun argumento existe tan fuerte como el de los hechos para probar la naturaleza de las obras y de las instituciones; y si alguno dudase á vista de tantos, preciso es que sus ojos no vean y su corazón no sienta; preciso es que no simpatice con el resto del género humano, y que su alma, viviendo en lucha constante, se niegue á tomar parte en el voto universal que se eleva por la felicidad de estos heroicos institutos. Por lo que á mí toca, concluiré que sin el testimonio que se levanta de todos los confines de la tierra, y ateniéndome tan solo á las observaciones hechas por mí mismo, no cesaré de bendecir la adorable Providencia, que en un siglo de tantas miserias ha dado en aquellas instituciones recursos tan abundantes á la afligida humanidad.

Hemos considerado con rapidez los efectos que la reaccion católica de Francia produce en el resto de la tierra; en la serie de nuestras observaciones habrá percibido cualquiera el renacimiento de la fe en el corazón de la nación mas grande

y mas ilustrada de Europa , con tanta fuerza y esplendor cual tuvo allí jamas. Como árbol majestuoso que elevaba hasta el cielo su frondoso copo fué cortada bruscamente ; pero siendo como era su vida inmortal , de su tronco brotaron mil retoños que crecen y dan frutos de que se alimentan todos los pueblos del universo.

